



**Solemnidad del Corazón de Jesús,
en el Centenario de la Consagración de España
Orihuela, 28 de junio de 2019**

En el centro de la ciudad episcopal de Orihuela, en este histórico monasterio profundamente vinculado a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que acogía hace bien poco las reliquias de Santa Margarita María de Alacoque, religiosa de la Visitación como las antiguas moradoras de esta casa e impulsora de esta devoción, al igual que las actuales Hermanas de Pro Ecclesia Santa que mantienen la vida de este lugar santo. Aquí y hoy, Festividad del Sagrado Corazón de Jesús, venimos a unirnos en oración con toda la Iglesia que especialmente hoy, en sus Diócesis que peregrinan en España, viene a renovar fiesta y consagración efectuadas hace 100 años en el Cerro de los Ángeles de Getafe. La liturgia de hoy nos ayuda a contemplar el misterio del amor de Dios a través del Corazón de su Hijo que se revela a nosotros como el Corazón de un buen pastor.

La del pastor es una imagen muy querida por los profetas y ha sido revivida en la lectura del profeta Ezequiel que hemos escuchado. El Evangelio de Lucas nos ha traído las palabras de Jesús que se identifica con el buen pastor que siente un amor tan grande por sus ovejas que está dispuesto a dar su propia vida por ellas. Como se dice en el Evangelio de Juan, las ama y las conoce una a una (Jn 10,3), no como una masa indistinta; de hecho de cada una conoce la voz, el nombre, la historia, lo que necesita, y vierte todo su afecto y su esperanza en cada una.

En una sociedad como la nuestra que se ha hecho virtual, anónima e individualista, es fácil que te olviden y desaparezcas. Pero el Corazón de Jesús no olvida a nadie; el Señor nos ama y nos conoce a cada uno: se cuida, se acerca, nos cura. Somos nosotros los que tantas veces nos alejamos, nos vamos, y terminamos cansados, agobiados, oprimidos,

como aquellas muchedumbres que conmovieron el corazón de Jesús, a las que veía como “ovejas sin pastor” (Mt 9,36).

Todos los Papas del siglo XX y XXI han hablado del Corazón de Jesús como el centro mismo del cristianismo: el amor infinito, eterno y misericordioso de Dios al ser humano.

El Papa Francisco nos recuerda la importancia de acudir al Corazón de Jesús. En el primer año de su pontificado se expresó ya sobre el papel central que tiene en la vida del cristiano: *“La piedad popular –dijo- valoriza mucho los símbolos, y el Corazón de Jesús es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios; pero no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que representa el centro, la fuente de la que ha brotado la salvación para la entera humanidad”* (9 de junio de 2013).

Benedicto XVI dijo que “este misterio de amor que Dios nos tiene no solo constituye el contenido del culto y la devoción al Corazón de Jesús: es, al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana. Por tanto, es importante subrayar que el fundamento de esta devoción es tan antiguo como el cristianismo. En efecto, solo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la Cruz de nuestro Redentor, “al que traspasaron” (Jn 19,37; cf Zc 12,10)”. (15 de mayo de 2006).

La consagración al Corazón de Jesús es la respuesta del cristiano al amor que Dios le ha mostrado en Jesús, el Señor. Precisamente el lema que se ha escogido para este año Jubilar del Centenario de la Consagración de España al Corazón de Jesús es éste: “Sus heridas nos han curado” (1Pe 2,24). El corazón del hombre, herido por el pecado, sana volviéndose a Dios a través del camino, que es Jesucristo. Sus heridas, gloriosas, son bendición para nosotros. Este es, en definitiva, el espíritu de toda consagración al Corazón de Jesús: volver al Señor, pues la puerta está abierta para ir a Él, para permanecer en Él, para ser bendecidos en su amor que nunca nos deja; puerta abierta de su corazón, traspasado en su entrega, por su amor.

Esta debe ser nuestra súplica en esta celebración, cruzar la puerta santa que nos adentre en este Centenario, en esta real conmemoración, y que nos introduzca en su amor, en su corazón misericordioso, para con arrepentimiento y la gracia de la conversión cambiar nuestro corazón. Esta debe ser nuestra súplica por los que desean consagrarse al Corazón de

Jesús, o bien renovar su consagración. Uniendo a esta determinación el compromiso de ser portadores de su amor, no sólo a la propia vida, sino también hasta los últimos rincones de la realidad en la que el Señor nos ha puesto. Portadores de su amor en la familia, en el trabajo, en la sociedad, en la comunidad eclesial.

Vamos a celebrar la Eucaristía, a encontrarnos con Él, en su cuerpo partido y en su sangre derramada. Que le pidamos creer en su amor y verdaderamente descansar en Él, tal y como Él nos dijo: “Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados”; dejando que su Espíritu Santo nos haga entender que la auténtica sabiduría reside en aprender de Él, que es “manso y humilde de corazón”, para así encontrar, en verdad, el descanso. Dejándonos de orgullos y fantasías, de encerramientos y egoísmos, para que su amor nos cambie, nos transforme; haciendo que la meta de nuestra consagración sea parecerse a su Corazón, por gracia aprender de Él y, así, ser testigos, portadores, misioneros de su amor. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.